Epoca IV — Barcelona 17 de marzo de 1915 — Número 251

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

POLÍTICA Y ELECCIONES

Hasta para los que tenemos formado un exacto concepto de lo que es la política, cada día se presentan nuevos descubrimientos de la actuación de los políticos de alto y bajo copete que convierten en asco lo que en muchos sólo era repugnancia hacia la charca pestilente en que se revuelcan los futuros más o menos padres de la patria.

Decir que en la campaña que precedió a las elecciones verificadas el pasado domingo se emplearon los rufianescos procedimientos propios de estos casos, sería desfigurar la verdad. Los trepadores de los cargos representativos, una vez proclamados candidatos sólo tienen un pensamiento, una finalidad: *llegar*. Y aceptando la jesuítica máxima de que "para llegar al fin todos los medios son buenos" emplean para conseguir el acta desde la difamación hasta el atraco. Todo se ha utilizado en la campaña.

Claro que por lo que afecta a Barcelona, ninguno de los triunfantes puede apuntarse el éxito, pero ¿qué les importa a ellos? *Han llegado*, y lo demás es música.

Nosotros hemos de repetir lo que digimos en las últimas elecciones. El triunfo ha sido nuestro; de los que propagamos a los trabajadores que se abstengan de ser pasto alimenticio de los vividores de la política. Y los que en las elecciones de diputados hicieron que el jefe del partido radical no tuviera en las Cortes más representación que la del ministro que le regaló el acta, continúan alejados de la política y no se matan en las calles, como antaño, por hacer triunfar a sus jefes.

Esta alegría nuestra por la abstención general, sólo se vió turbada el último domingo al ver unos cuantos obreros, que montados sobre desvencijados automóviles, obedecían órdenes de *sus amos*; pero como éstos no se preocupan ni se preocuparán jamás del mejoramiento de la clase a que contra su voluntad pertenecen, no queremos dedicarles mucho espacio; son los irredentos, los eternos esclavos que se pasan la vida ensayando las piruetas que puedan divertir a los que pueden arrojarles algunas migajas sobrantes de sus banquetes.

Y no es de extrañar el progresivo retraimiento de las gentes para nombrar a sus representantes. Hasta los que tienen formado un concepto simplista de los deberes del ciudadano han de encontrarse apurados en el momento de ejercer su *sagrado* derecho.

¿Votarán por la monarquía? A poco que repasen la historia encontrarán sus páginas llenas de sangre. Las instituciones monárquicas, en todos los tiempos y en todos los países han estado en pugna con el pueblo, con el progreso y con la libertad, y las continuas guerras en que han vivido no han tenido otro objeto que distraer a las gentes de los crímenes y latrocinios en que la mayor parte se desenvolvían. La causa de la monarquía difícilmente encuentra adeptos en el pueblo.

¿Votarán por los republicanos? No pueden hacerlo los que recuerden que la República Española del 73 fracasó por la cobardía y traición de los mismos republicanos; los que ven que los revolucionarios de hoy conviven vergonzosamente con los gobiernos de la monarquía y sólo recuerdan su etiqueta política el 1á de febrero para banquetear y en la época electoral para alcanzar puestos lucrativos; los que ven que en la joven república cubana, implantada a costa de heroicos sacrificios de la clase trabajadora, se castiga el derecho de pensar expulsando de su territorio a los hombres que profesan los bellos ideales de liberación humana, poniéndose los que ocupan el poder al servicio incondicional de los dueños de ingenios y cañaverales. Y si se fijan en las vecinas repúblicas, en las de Francia y Portugal, verán a la primera en brazos de un deprimente imperialismo y a la segunda, después de haberse prostituído persiguiendo con saña a los obreros, clausurando sus centros y reteniendo largos meses en las cárceles a los más significados de los obreros portugueses, ha caído en una repugnante dictadura propia del czar de Rusia.

Si la monarquía es la negación del progreso y la república es deshonrada a poco de ser nacida, ¿a quién votar? ¿al partido socialista? A poco que lean los *ciudadanos*, sabrán que nada tienen que envidiar aquéllos a los monárquicos y a los republicanos. En su grande ambición, en Alemania como en Italia, no tienen inconveniente en servir a la monarquía, y en España se unen a los republicanos los jefes socialistas, contra la voluntad del partido, no para afirmar sus ideales de clase, sino para contribuir a la instauración de una república burguesa, o dicho sin ambages ni rodeos, para asegurar la posesión de un acta, ¡de una sola acta de diputado! Ni aun en esto son grandes los socialistas.

Ante la disyuntiva en que al elector coloca la actuación de todos los elementos políticos, ¿qué habían de hacer? Abstenerse.

Asqueados de la política se retraen de ella, dejando solos a los vividores, a los que sólo acompañan unos cuantos pobretes que cansados de trabajar, o que ya nacieron cansados, desempeñan con los políticos el mismo papel que los chulos de las casas de lenocinio: dan la cara y se juegan la vida a cambio de poder lucir su garbo en los automóviles que costean las espléndidas Celestinas.

CONTRA LA GUERRA

Preparando la batalla

Los compañeros ateneistas de Ferrol pueden estar satisfechos. La idea que ellos lanzaron de celebrar un *Congreso Obrero Internacional por la Paz* ha sido acogida con entusiasmo esperanzador por los elementos socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas de toda España, sin distinción de regiones. Y cuando una iniciativa merece la aprobación unánime, conquista las simpatías de todos aquellos que aportan a las luchas sociales el mayor contingente de dignidad y de firmeza, de inteligencia y de valor, puede darse desde luego por realizada.

La idea de congregar el proletariado internacional en un acto que quizás ponga término de una vez y para siempre a la monstruosa carnicería que el capitalismo internacional, para satisfacer sus bastardas ambiciones preparó, ha despertado —cual potente incentivo— nuestras dormidas energías.

La febril actividad con que se trabaja para enviar el mayor número posible de delegados directos lo está probando.

El pesimismo, que enerva, que amodorra, que incapacita para toda empresa elevada y generosa, ha cedido el puesto a la voluntad de trabajar, que se afirma cada día más briosamente. Las mentes se abren al optimismo y a la esperanza. La labor que nos hemos impuesto es el nexo que une las energías, hasta hace poco aletargadas y dispersas.

¿Qué podrá ser el Congreso de Ferrol? Todo depende de nosotros. Ya lo digimos: *Vayamos a él dispuestos a que no sea un Congreso más. Procuremos, por el contrario, realizar las iniciativas que de él nazcan, hacer efectivos los acuerdos que en él se tomen.*

Haciéndolo así, el Congreso podrá señalar *algo más* que el término de la guerra. El proletariado de los países neutrales, es en este momento el árbitro absoluto de los destinos de Europa.

Que pruebe, imponiendo la paz por todos los medios, tener consciencia de sus derechos.

Que se apreste a agrupar desde ahora todos los elementos que le permitan hacer un esfuerzo supremo y conquistarlos.

***

Sebastián Faure, en su último manifiesto, habla el único lenguaje que puede emplearse actualmente en Francia.

En estas mismas columnas lo digimos ya, y es necesario repetirlo ahora.

"Los ruegos de un ministro en las presentes circunstancias, son órdenes imperativas y Faure accederá probablemente a ellos porque cree encontrarse solo."

Los hechos demuestran hoy que no nos equivocamos. Los motivos, las razones que existían para emprender una enérgica campaña contra la guerra, subsisten, quedan en pie, aumentan cada día.

Si Faure, movido por consideraciones sentimentales —y no por lo que nosotros suponemos—, hubiera prometido suspender *por el momento* la campaña iniciada con su primer manifiesto, habría incurrido en grave error. Pero ello nos parece inadmisible.

En efecto: ¿cómo suponer que el sentimiento y el dolor por el sacrificio de cuatro amigos, ha ahogado en Faure el dolor y el sufrimiento que naturalmente produce el sacrificio de millones de seres, cuya vida, humanamente vale tanto, en último término, como la de aquéllos?

¿Se puede, por estas consideraciones, dejar a merced de tiranos y verdugos la libertad, el derecho y la vida de los pueblos? No.

Nosotros abrigamos el firme convencimiento de que cuando Faure se entere que en España y en otros paises existe una corriente de opinión favorable en absoluto a su iniciativa y que va engrosando cada día más, pondrá término a su compromiso.

Muy pronto lo hemos de ver. Lo mismo si Faure defrauda nuestras esperanzas que si su actitud es la confirmación de nuestras suposiciones, seguiremos firmes en nuestro puesto cumpliendo los deberes que nos imponen nuestras ideas.

Así probaremos ser la única custodia de la Civilización y del Progreso.

Así probaremos ser la vanguardia atrevida de ese porvenir de Justicia cuyo advenimiento queremos acelerar luchando siempre, aprovechando todas las circunstancias, aceptando todas las consecuencias, afrontando todos las peligros.

EUSEBIO C. CARBÓ

DE LA GUERRA

LA PAZ DE LOS PUEBLOS

Es necesario que lancemos el grito de amor desde lo alto de nuestro sacrificio para restablecer la paz de los pueblos.

Caminamos hacia la felicidad universal: que las naciones sean hermanas y los hombres justos. Debemos odiar la guerra, combatir la tiranía hereditaria y evitar el reparto de pueblos que se efectúe por derecho de fuerza. Si queremos que el presente no se parezca al pasado y que el porvenir ilumine a la humanidad, sumida en una noche de veinte siglos, tendamos indefinidamente las sagradas redes de la inteligencia, para dar fin a las invasiones, usurpaciones y conquistas de territorios.

Donde la guerra termina comienza el engrandecimiento de los pueblos. Si la patria pide hombres, el pueblo pide pan. Que el derecho común irradie sobre el derecho de cada uno, para que surja la fraternidad: fraternidad entre las naciones y fraternidad en los talleres.

El trabajo para todo el mundo y la paz para todos los siglos.

Que la enseñanza primaria sea gratuita y obligatoria.

Luchemos. Lo que bosquejó Francia en el siglo XIX debemos continuarlo en el siglo XX.

Eclipsemos las capillas del fanatismo y construyamos el altar de la conciencia humana.

Para evitar el camino de la destrucción hay que dirigir nuestros primeros pasos hacia lo bello, hacia lo verdadero, hacia lo justo: la paz de los pueblos.

Alguien ha dicho que nada se parece tanto a un monstruo como un Aníbal. Ese alguien conocía a Moltke. Moltke era un bestia. Sus discípulos son alumnos de la escuela de la bestialidad.

Para que el carbón se convierta en diamante; para arrancar al fuego el secreto de la vitalidad y de la luz, no se utilizó la guerra, sino el laboratorio. El disparo del cañón produce luz, y claridad el fuego de un volcán en erupción; pero para contemplar el azul del horizonte, hay que esperar a que salga el sol.

Reflexionad.

ALBERTO SEIGLAND

Pro Vega

Entre todas las injusticias que la autoridad lleva a cabo diariamente, las hay que por su magnitud y trascendencia interesan en doble partida a la oponión indiferente y abúlica. El proceso Vega, a nuestro parecer, es una de las causas que si nos obstinamos en propagarla y en demostrar a todos sin distinción, lo que en sí representa, podremos interesar a una gran cantidad de individuos, que si en el fondo están en desacuerdo con nosotros, en la forma son enemigos acérrimos de los representantes de la autoridad. Claro está, que antes como después, somos adversarios impenitentes de la Ley en todas sus formas, y como colorario a todo esto, enemigos irreconciliables de aquellos que la representan.

Hay una gran mayoría que cree que si la ley en vez de ser administrada por individuos de tal o cual escuela política, lo fuera por otra, cambiaría de aspecto; nosotros hemos dicho, decimos y diremos, no hay ninguna diferencia, administrada por unos o por otros, la ley es igual, porque partimos de esta consecuencia lógica: toda ley es tiranía. Claro está que los que se dicen sus representantes, pueden en cierto modo, modificar el aspecto bárbaro de la misma, pero esto no será óbice para que nosotros la combatamos sin tregua. Subsistiendo las causas, fatalmente se han de producir los efectos, y esto es lo sucedido con nuestro compañero Vega. Lo mismo que el artista y el obrero buscan en la perfección de su obra el aprecio y la justificación de su personalidad, así el señor Martorell buscaba en la complicidad que Vega pudiera prestarle a sus infames designios, la justificación de su sueldo y empleo; al mismo tiempo buscaba el próximo ascenso.

¿Que los medios son repugnantes? No importa, el caso es llegar. ¿Que para ello se recurre a la infamia? Tanto mejor, el caso es subir.

Pues bien: nosotros tenemos el deber ineludible de demostrar lo contrario, y es por eso que hemos de agitarnos sin cesar, demostrar a la opinión pública nuestra disconformidad y crear así un estado de opinión favorable a nuestro compañero para conseguir su libertad. Es necesario en el momento oportuno emprender una campaña de agitación en favor de nuestro compañero, en Cataluña en particular y en España en general, y como para ello se necesitan medios monetarios, es imprescindible que cooperemos todos, enviando nuestro óbolo al Comité Pro-Vega directamente, o por intermediación de los diferentes periódicos obreros de España. Igual petición hacemos a los compañeros de América, pues los gastos serán de importancia, y sería doloroso que por falta de medios nuestro compañero fuera condenado. Así, pues, ya lo saben todos. La dirección del Comité Pro-Vega, es: Vista Alegre, 18, Barcelona.

Es necesario que, sobre todo, se procure en las poblaciones más importantes, organizar actos públicos en favor de nuestro compañero.

Hacia la paz

Por la verdad y la justicia

La voz, que no es el eco de muchas voces —decía Benavente— es siempre un grito subversivo: el que no habla para todos y como todos, debe callar, porque si habla a solas le encerrarán por loco en el manicomio, y si habla alto, en la cárcel por delincuente.

Y esta observación del gran dramaturgo nos prueba cuán poco amor se profesa a la Verdad, y nos dice también las formidables luchas que habrá que sostener para abrirla paso hacia la luz y abatir a la mentira, al fanatismo y al crimen.

Por esta lucha heróica ya han pasado los grandes innovadores y los genios más eminentes.

En el actual momento histórico que atravesamos se está cometiendo el crimen más grande que registra la historia, sin un grito colectivo de indignación y de anatema a la guerra.

Salvo muy contadas excepciones, todos son cómplices, conscientes unos, e inconscientes los otros; desde los más grandes filósofos, poetas, sociólogos, todos los que representan la cultura mundial, hasta los discípulos de "Jesús"; todos son actores o espectadores apasionados que defienden a su nación respectiva con sofismas convencionales, absurdos, de civilización, de libertades y de cultura, cualidades estas de que carecen todas las naciones; lo demuestran todas ellas al tener un ejército enorme para ser respetadas de otras naciones; lo están demostrando los sabios y artistas alemanes, franceses, ingleses, etc., al echar leña al fuego, al sembrar más odios con sus plumas prestigiosas. En realidad, la mayoría de ellos son ignorantes o fanáticos. Si fuesen hombres sensatos ellos eran los llamados a hacer una campaña intensa poniendo en evidencia la verdad; y la verdad es que la guerra, aparte de ser un crimen, un baldón que a ninguno nos deja sin mácula, es también un sacrificio estéril en el que vencedores y vencidos se colocan en el círculo de un abismo nefando —que es la guerra— al que volverán a caer fatalmente.

¿Quién ha provocado la guerra? No trataremos de averiguarlo. Sabemos demasiado, entre las sofisticaciones, que la diplomacia oculta la verdad y sabemos que todos son culpables.

¿Quién de ellos ha tratado de evitar este choque ya esperado? ¿Quién de ellos ha puesto trabas al desarrollo creciente del militarismo y de los armamentos? Ninguno.

Es una prueba de que todos son culpables, y, por lo tanto, ninguno tiene derecho a culpar a los otros de las consecuencias de este desastre. Ved un ejemplo de actualidad para convencernos de lo que los gobiernos hacen por *evitar* la guerra. En España ha tenido que renunciar el señor Bergamín, por la oposición que han hecho, al aumento de diez millones para el presupuesto de instrucción pública, y se ha votado por unanimidad cinco veces más para el de marina solamente; y este es un argumento desalentador para los que creen que después de esta guerra vendrá fatalmente el desarme de las naciones. Siempre he tenido la plena convicción que de la guerra nunca surgirá la paz durable y que siempre será el germen de odios y ambiciones que provocarán irremisiblemente la guerra, y será un pretexto para aniquilar a las naciones con más armamentos.

Todas las pequeñas naciones se creen amenazadas y se apresuran a defender la paz preparándose para la guerra; saben, y es triste decirlo, que serán respetadas según la fuerza que tengan o representen, y mientras esto exista, hasta que la fuerza de la razón no suplante a la fuerza brutal, y se haga innecesario el mantenimiento de grandes ejércitos para ser respetados, no podremos decir con sinceridad que existe tal civilización ni tal cultura y que estas palabras, como las de Verdad, Justicia y Fraternidad, son el escudo de todas las infamias y de todos los crímenes.

Bajo cualquier punto de vista que analicemos la guerra es de resultados nefastos; en la parte económica, que es una de las causas preeminentes de esta hecatombe, vemos que el predominio —de cualquiera de las naciones— en los mercados trae, como consecuencia lógica, el encarecimiento de ciertos artículos que no encuentran competencia de otras naciones por las condiciones que se las impone.

Antes de terminar esta serie de plumazos de indignación ante tanta barbarie, recuerdo que entre las muchas cosas estupendas que he leído, hay algo que me llenó de angustia: es un artículo aparecido en *La Nación*, de Gómez Carrillo, en el que lamentaba que no hubiese un gran poeta, un Homero, que cantase en estrofas inmortales a la grandiosidad de las batallas y a sus héroes.

Por mi parte, no concibo qué emociones de belleza podría hacernos sentir hoy un Homero con los horrores de la guerra.

Homero es digno de loa si observamos la época que él vivió, pero hoy no podemos sentir su falta sino la del nuevo Homero que cante al trabajo, a la verdad, a la justicia y a todo lo grande, bello y noble que palpita en el corazón y en la vida.

JESÚS SAN PEDRO

Buenos Aires.

IDEAS SUELTAS

La ciencia nos enseña la verdad que muchos ignoran, sobre la formación de los mundos, la evolución terrestre, y con ella la aparición de nuestra humanidad sobre este globo insignificante en el espacio infinito.

No se necesitan grandes esfuerzos para comprender la razón y seguirla.

La ciencia, en oposición a las *verdades reveladas* por los libros sagrados de las diferentes ideas religiosas, nos muestra con una claridad perfecta y sin que la ironía o la burla aparezcan en ninguna de sus apreciaciones, las *verdades comprobadas* que echan por tierra la idea de Dios, la creación bíblica, la existencia del alma y todo el confuso e inexplicable conglomerado de supersticiones y mentiras que forman la base de todo sistema religioso.

Se necesita haber caído muy hondo